

Licenciado en Derecho por la **Universidad Autónoma de México** y por la **Universidad Complutense de Madrid**. Master in Laws (LL.M.) por la **Harvard Law School**.

En el **Ministerio de Asuntos Exteriores** ha sido director general de **Conferencias y Organismo Internacionales** y de **Asuntos Políticos de Iberoamérica**; director del **Gabinete de Análisis y Previsión de Política Exterior**. Encargado de Negocios en **Addis Abeba** y **Dar es Salaam** y embajador de España en **Angola** (1978-79) y en **México** (1982-85). Cónsul general en **Nueva York** (1998-2003). Embajador en Misión Especial para Asuntos de América del Norte (2003-04). De 1985 a 1993 fue presidente del Consejo de Administración de **EXPO'92, S.A.** y comisario general de la Exposición Universal de Sevilla. Vicepresidente de la **Fundación Euroamérica**, fundador y primer secretario general del **Consejo España-Estados Unidos**, miembro del **Consejo Científico del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos**.

Autor de "Cultura y Economía Hispanas como nuevo horizonte de Cooperación" (2002, Foro ABC/BBVA), y de "España y los Hispanos: un proyecto estratégico" (Documento de Trabajo. Real Instituto Elcano, 2005).

Emilio Cassinello

Director General del **Centro Internacional de Toledo para la Paz (CITpax)**. Fundador y primer secretario general de la **Fundación Consejo España-EE.UU.**





DIPLOMACIA PÚBLICA Y SOCIEDAD CIVIL: la Fundación Consejo España-Estados Unidos

Emilio Cassinello

En el año 1995 España se hizo cargo de la presidencia de las entonces Comunidades Europeas. Javier Solana era ministro de Exteriores y Carlos Westendorp secretario de Estado para las Comunidades. Carlos me convocó en su despacho en el Palacio de la Trinidad para comentarme que el embajador estadounidense Richard Gardner había sugerido que estando prevista una reunión en Sevilla de grandes empresarios norteamericanos con europeos – el “Transatlantic Business Dialogue” - programáramos un encuentro especial con españoles. El requerimiento de Carlos Westendorp para pedirme que explorara la iniciativa del embajador Gardner tenía su origen en razones de orden pragmático: mis años como presidente y luego comisario general de la Exposición Universal de Sevilla 92 me daban una ventaja comparativa para escoger escenarios y sugerir actividades. Las primeras reuniones organizativas en Sevilla tuvieron precisamente por escenario el Consulado de los EE.UU. en aquella ciudad – el antiguo Pabellón de la Exposición Iberoamericana del 29. Carlos me dejó las manos enteramente libres para proponer programa, participantes, fórmulas y ritos. Y así, por circunstancias accidentales, como más de una vez

nos pasa en la vida, terminé convirtiéndome en el primer secretario general de la Fundación Consejo España-Estados Unidos. Condición que incluyo sin falta en el relato de mi biografía: hay episodios en el curriculum vitae que se ocultan o se disimulan; otros que se recuerdan sin falta. Hoy el Consejo España-Estados Unidos entra en su decimoctavo año después de la reunión fundadora de Sevilla –noviembre de 1995; uno menos si contamos a partir de su formalización después del Foro de Toledo. Convendrán todos en que puede ser legítimo motivo de satisfacción haber tomado parte en la creación de una institución que desde la sociedad civil – en un ejercicio de lo que hoy se conoce como diplomacia pública, la que se hace en público - ha reforzado la acción de una España moderna y abierta al mundo, y acompañado con eficacia comprobada una política exterior de Estado.

La historia es relativamente lineal, pero no simple. La reunión sevillana fue un éxito por el modelo original que se puso en marcha, por los participantes y por los soberbios escenarios que proporcionó Sevilla. Casi intuitivamente, contando con Richard Gardner y un pequeño equipo español – entre ellos Eduardo Garrigues y Emilio Lamo de Espinosa - fuimos por agregación creando una aleación interesante de



Cena inaugural XIV Foro España-EE.UU. Valencia, octubre 2009.

empresarios, financieros, académicos y profesionales, científicos, periodistas, funcionarios públicos y políticos. El discurso de bienvenida se confió a Jaime Carvajal (que se convertiría en el primer presidente del Consejo), encabezando una nutrida representación empresarial – entre otros Antonio Garrigues y Juan Rodríguez Inciarte que después se sucederían en la presidencia. Desde la política, en una primera señal deliberada de a-partidismo, Gómez Navarro, Solana, Aznar y Rafael Arias Salgado compartieron podio. Entre los científicos, académicos y creadores recuerdo a Santiago Grisolia, Joaquín Arango, Xavier Rupert de Ventos... La contraparte estadounidense estaba a la misma altura: Bill Richardson, Malefakis, Jonathan Brown, Stanley Paine... La mezcla de visiones y de lenguaje resultó particularmente atractiva, y de la amalgama de los diferentes se pasó insensiblemente a una fusión que ha dado unos resultados funcionales de elevado valor añadido

– factor crítico para sobrevivir institucionalmente. Nada sencillo, pues las sociedades civiles mediterráneas tienen una afición muy endeble por el asociacionismo – frente a las anglosajonas y centroeuropeas - y la mortalidad infantil de instituciones creadas con entusiasmo pero con ocultas fragilidades estructurales es altísima. La Fundación Consejo España-EE.UU. es así un producto de éxito de la sociedad civil española, con liderazgo y soporte autónomo, financiado por sus patronos empresariales, y juiciosamente amparado por las administraciones públicas (y muy en especial por el MAEC) y el plural estamento político. Haber sobrepasado los vulnerables primeros tiempos y estar asentados en una sólida madurez institucional, es motivo más que de sobra para congratularnos.

Acotaciones varias que merecen recordarse, siquiera sea para registrarlas en un historial anecdótico de la institución.



1. El logotipo se creó en Sevilla y ha permanecido inalterado. Pero del nombre inicial de “Foro” en Sevilla se pasó al de “Consejo España-Estados Unidos”, transformado después de la reunión toledana (al formalizarse su creación tras el encuentro Aznar-Al Gore) en “Fundación Consejo España-Estados Unidos”. Fue Ramón de Miguel, entonces secretario de Estado de AAEE, quien pidió el cambio para evitar confusiones con instituciones oficiales que incluyeran la denominación de “consejo”. Aún así, muchos seguimos – informalmente, por abreviar o por inercia- llamándolo “el Consejo”, distinguiendo entre la institución como tal y los foros anuales como actividad.
2. Hay que insistir en que la receta inicial – la aleación de empresa y finanzas, academia y ciencia, administración pública y política - fue una de las claves críticas de su supervivencia. De hecho, ha sido el modelo pionero de lo siguientes “consejos” binacionales. El príncipe, en su discurso de clausura del Foro de Barcelona (1998, en el Palau de la Generalitat) consideró premonitoriamente que el Consejo establecía un “arquetipo” para los que vendrían después. Y así ha sido, pues su modelo ha servido de patrón para las subsiguientes “Fundaciones Consejo” – entre otras España-Japón, España-Rusia, España-India, España-Australia, España-México, que hoy conforman una red de instituciones amparadas por el MAEC, y que operan conceptualmente bajo el genérico paraguas de “diplomacia pública”.
3. Las sucesivas presidencias han reflejado el liderazgo del mundo empresarial vinculado al doble escenario – español y estadounidense. El primero, Jaime Carvajal, presidente de Ford España, que aunaba el tejido industrial español y la tecnología dominante de EE.UU.; Antonio Garrigues, indeleblemente asociado profesional y familiarmente a ambos mundos; los dos

grandes bancos – BBVA, con José Ignacio Goirigolzarri, y Santander, con Juan Rodríguez Inciarte- con presencia transatlántica creciente. Hay que reconocer el mérito de todos ellos – su tiempo, su interés constante, su talento profesional - en

El príncipe consideró premonitoriamente que el Consejo establecía un “arquetipo” para los que vendrían después

la continuidad de la institución. Los secretarios generales – todos diplomáticos de carrera, desde el primero hasta el actual, el activísimo e imaginativo Alejandro Polanco - no hemos hecho otra cosa que actuar de fieles lugartenientes intelectuales y organizativos.

4. En los Estatutos del Consejo España-EE.UU. se hace explícita referencia a la atención especial que el capítulo español deberá prestar a la comunidad norteamericana de origen hispano – como fenómeno específicamente estadounidense. Lo que constituye en sí una iniciativa de anticipación pionera que añadir al historial de la Fundación Consejo España-EE.UU. Esto sucedía antes del Censo del año 2000, que dio el aldabonazo global a la hasta entonces casi inadvertida e imparable importancia de aquella comunidad – “una comunidad global post-nacional involuntaria” como la definía Román de la Campa, profesor de SUNY (State University of New York), cuando aún no era visible que estaba a un paso de convertirse en la minoría más numerosa, con un poder de compra equivalente al PIB español y que para mediados de siglo sería la cuarta parte de la población de la primera potencia – “la potencia indispensable” en sentencia de

Madeleine Albright. El Consejo ha sido determinante en incorporar desde una visión racional el elemento hispano en la relación con los EE.UU. Para la sociedad y el gobierno español es crucial ser conscientes simultáneamente de la importancia de la comunidad hispana y de las cautelas imprescindibles que nos ahorren pasos en falso. Los hispanos constituyen una pared de contacto de alto valor, pero para ello debemos esforzarnos por conocer en profundidad sus características reales y sus intereses propios. Después de los Foros de Toledo (1996), Washington-Nueva York (1997) y Barcelona (1998), se iniciaron encuentros de triangulación – Miami en el mismo 1998; Nueva York en 1999 - que agregaban a la ecuación la conexión latinoamericana. Por otra parte, la primera reunión-conferencia de jóvenes líderes hispanos tuvo lugar en Madrid en julio de 1998 – serie anual que no ha tenido interrupción hasta nuestros días. Y - aprovechando las conexiones personales que me proporcionó el haber sido cónsul general de España en Nueva York (1998-2003) - se realizaron encuentros consecutivos especializados con representantes y líderes de la comunidad hispana. El primero en 2003 con académicos (Princeton, NYU, SUNY, Harvard), centros de investigación (entre ellos los dos más importantes, el Pew Research Institute y el Tomas Ribera Policy R.I.) y directores de medios de comunicación (El Día/La Prensa, La Opinión, Hoy, Hispanic Weekly, La Raza, Nuevo Herald). Al año siguiente se organizó un encuentro con empresarios hispanos, desde directivos de capital riesgo y consultoría financiera a presidentes de constructoras, agencias de publicidad, tecnología de la información, medicina comunitaria, distribuidoras de alimentos). Y en el 2005 fue el turno para creadores –

El Consejo ha sido una herramienta práctica tanto para el encuentro con los hispanos como para evitar expectativas falsas e iniciativas problemáticas

escritores, música y artes escénicas, productores de cine y televisión, artes plásticas. No cabe duda de que la suma de todos estos encuentros dejó un activo importante de contactos, conocimientos y experiencias. Todas estas reuniones tuvieron lugar apropiadamente en la Casa de América, con la decisiva aportación de su directora en aquellos años, Asunción Ansorena, contando con la esforzada dedicación de Manuel de la Cámara como secretario general del Consejo, el entusiasmo incansable de José Antonio Pérez-Nievas, al que se sumaba Alberto Elzaburu, la coordinación tenaz de Eduardo Garrigues (en su etapa de asesor para Asuntos Hispanos en el MAEC) y las impagables aportaciones de dos Emilios más: Emilio Lamo de Espinosa desde el Elcano y Emilio Méndez, profesor de física sólida en Nueva York y actual director del Instituto Nacional de Nanotecnología en Brookhaven. Así, el Consejo España-EE.UU. ha sido –y lo sigue siendo- una herramienta práctica tanto para el encuentro con los hispanos como para evitar expectativas falsas e iniciativas problemáticas. Entre los españoles y los hispanos estadounidenses es incuestionable la cercanía real resultante del lenguaje común, experiencias históricas y referencias culturales compartidas, pero es asimismo fundamental salvar la confusión peligrosa de creer en una identidad unívoca.



5. Después de esta colección de viñetas de un primer secretario general termino con una referencia personal al V Foro, el de Santa Fe (octubre 1999). En aquel soberbio escenario de Nuevo Méjico, bajo el cuidado de su gobernador Bill Richardson, se produjo el cambio de guardia. Participé ya en este Foro como un moderador más, en una sesión precisamente dedicada a “Latinoamérica vista desde ambos lados del Atlántico”. Como ponentes americanos estaban el profesor Sidney Weintraub y el senador Christopher Dodd – que asumía la presidencia del capítulo estadounidense, en sustitución de su colega Bob Graham. Por parte española, el presidente del BBVA había encomendado su representación a Ignacio Goirigolzarri, asegurándonos que era un joven inteligente y prometedor (promesas que hizo buenas en el escenario del Consejo al llegar a ser su presidente). Al darle las gracias al senador Graham por su liderazgo recordé la inclusión por su parte en el registro del Senado de la expresión “relación especial” para describir la que existe entre las sociedades estadounidense y española – expresión antes reservada en exclusiva al Reino Unido. Y citaba yo para reforzar su iniciativa que los españoles (los “descubridores pioneros” como los reconocía Toynbee) fueron los primeros europeos en poner pie en territorio hoy estadounidense (en Florida, Ponce de León, hace 500 años), los primeros en celebrar *Thanksgiving* (Juan de Oñate, en El Paso, en 1598, 23 años antes que los Pilgrims of Plymouth Rock), en ayudarles militar y financieramente en la guerra de independencia y en garantizar la primera emisión del dólar (en 1776), que tomó su nombre del español doblón de a ocho. Concluía diciendo que no era un exiguo inventario de coincidencias, lo que nos permitía pensar que una común agenda trilateral en el hemisferio podía ser especialmente productiva. Y así pasamos el testigo dos de los que hicimos la primera

parte del camino – a Jaime Carvajal lo sustituyó en la Presidencia Antonio Garrigues; a mí, Leopoldo Stampa, inaugurando la tradición de encomendar a un diplomático la Secretaría General.

Como decía Tierno Galván, una forma de equivocarse es tener razón antes de tiempo. Hemos evitado caer en la fatal inclinación que denunciaba Baltasar Gracián de emprender “políticas de mucha quimera y poco provecho”

Concluyo con una consideración general: el hecho de que la Fundación Consejo España-EE.UU. esté en estos momentos organizando su XVIII Foro en Santa Bárbara, confirma que la estructura de partida de la institución fue acertada: aleación de componentes civiles y públicos con predominio de los primeros, con mayor peso de los empresariales, y con autonomía financiera ante las administraciones públicas. Pudimos haber errado el camino, pues – como decía Tierno Galván, el viejo profesor y juvenil alcalde de Madrid - una forma de equivocarse es tener razón antes de tiempo. La evidencia empírica de hoy mismo es que acertamos, y que – como también aseguró el príncipe en aquella clausura del IV Foro en Barcelona - hemos evitado caer en la fatal inclinación que denunciaba Baltasar Gracián de emprender “políticas de mucha quimera y poco provecho”.

“Work in progress” que dirían nuestros socios anglófonos - y que sea por muchos años.